



EL BARATERO.

—«020»—

Sátira nueva en que se declara el famoso Baratero que ha salido en Cuarte, y en ella hallarán las demás hazañas y valentías que ha hecho en España y en Francia.

Todo el mundo ha de temblar
de este noble baratero,
soy el tuerto Catachan
que á nadie le tengo miedo.

De edad de quince años
siendo yo un chiquillo,
aprendí á jugar
muy bien el cuchillo.

Y eran mis ideas
de irme algunos ratos,
por cafés y plazas
á cobrar los cuartos.

Yo soy hijo de mi madre

y sobrino de mi tia,
abuelos nunca he tenido,
segun mi hermano decia.

Soy nacido en Cuarte,
criado en Maria,
hijo de Pacay
que en él nadie fra.

Tengo unos parientes
que es causa de risa,
si uno va descalzo
otro va en camisa.

Sólo por estas razones
me despedí de mi gente,

y me presenté en Madrid
en la calle san Vicente.

Me entré á la posada,
me puse almorzar,
allá al poco rato
me fuí sin parar.

Lo cual al momento
á un café me entré,
quien cobra los cuartos
esta voz eché.

Me respondió un andaluz
muy bien puesto y bien parado,
oiga usted aquí, camarada
ya estoy yo sobresaltado.

Jamás he temido
á nadie en Madrid,
y yo, caballeros,
que esta voz oí.
Saco mi cuchillo,
nada, para qué,
treinta y dos calleron
en aquel café.

Les despoje los bolsillos
con mucha serenidad,
y me marché á otra posada,
á la calle Trinidad.

Me senté en un banco
y dije al patron,
venga de comer
y vino un porron.

Me sacó un puchero
con rico jamon,
tambien para el postre
un bello capon.

Comí con serenidad
y al tiempo de darle la cuenta,
vuelvo la cabeza y veo
cien civiles en la puerta.

Ellos preguntaron,
está Catachán,

yo les contesté,
luego lo verán.

Yo al ver tanta gente
las ligas me até,
y ciento diez varas
de un brinco salté.

A todos dejé chasqueados
en la puerta de la calle,
y yo entonces me marché
sin incomodar á nadie.

Cincuenta y dos tiros
bien me dispararon,
mas ninguno de ellos
á mí me acertaron.

Y un pistoletazo
que me tiró un mozo,
si no es por la ceja
me barrena el ojo.

Al otro dia siguiente
que era el catorce de enero,
me vinieron á prender
trescientos carabineros.

De dos cuchilladas
que pegué yo entre ellos,
corté treinta brazos
y doscientos cuellos.

Pues á la tercera,
friolera fué,
lo mismo que chinchas
á todos maté.

Al otro dia siguiente
de los llanos de Monzon
me vinieron á prender,
soldados un escuadron.

Allá caballeros
yo me preparé,
en lo que quedamos
luego os lo diré.

De una cuchillada
maté treinta y dos

y el cabo Millan
gritaba por Dios.

Cuando el capitan me dijo
que parecia un bichillo,
cojí doscientos ginetes
en la punta del cuchillo.

Todos los demás
que libres quedaron,
al ver aquel caso
ya se dispersaron.

El campo quedó
todo colorado,
regado de sangre.
de tanto soldado.

Ya andan las requisitorias
para cogermé á mí preso,
y si alguno me hecha mano
pagaré con el pescuezo.

A mí el otro dia
muy cerca de Córtes
me saltó un civil,
alto, el pasaporte.

Y yo enfurécido
le dí un puntapié,
que hasta Filipinas
creo que lo heché.

Las columnas me persiguen
que no me dejan parar,
pero ahora tengo un caballo
que resuena y sonará.

Tambien un trabuco
llevo verdadero,
y este se titula
el buen limosnero.

Ciento veinte balas
cargué el otro dia,
solo para un tiro
en la sierra Andia.

Luego me dirijí á un pueblo
con mi caballo pié á tierra,

y encontré cuatro civiles
bebiendo en una taberna.

Alto, yo les dije,
nadie me de un paso,
que de un trabucazo
á todos habrasó.

Yo me heché unas copas
con mucha templanza,
me despedí de ellos
y me entré en la plaza.

Cojí dos libras de pan
y un poquito de escabeche,
y me marché á la montaña
á pasar aquella noche.

Y al nacer el dia
vi venir de un alto
nueve compañais
registrando el campo.

Cojí mi caballo,
en él me monté
tambien el trabuco
muy bien lo cargué.

En él metí dos mil balas
para un tiro solamente,
y solo de un trabucaso
maté novecientos veinte.

Quedó el campo negro
de muertos y heridos,
allá no se oían
otro que suspiros.

La sangre corria
como una riada,
y llegó hasta Cádiz
Sevilla y Granada.

Luego me fuí de aquel punto
por no tener confianza,
á las montañas de Jaca
que está muy cerca de Francia.

Porque las columnas
las veo venir,

por cerros arriba
buscándome á mí.

Yo estoy cansado
sin poder correr,
y si me descuido
me pueden prender.

Me metí dentro de Francia
porque el caballo llevaba
aspeado de las dos manos
de tanto como brincaba.

Y yo iba de ropa
ya todo destrozado
de subir montañas
y saltar barrancos.

Por estas razones
me metí en París,
estuve tres días
lo cual me vestí.

Un domingo por la tarde
había una gran parada,
de unos ocho mil franceses
todos formados en fila.

Cargué mi trabuco
con cuatro mil balas,
tiré un trabucazo,
no hice mala escarda.

No quedó mas que uno
y el tambor mayor,
porque se escaparon
dentro de un vapor.

Todos los colgé de un árbol
en aquella misma tarde,
para pasto de los cuervos
porque allá pasan mucha hambre.

Bien se divirtieron
ellos un ratito,
cada uno cogía
seis, siete en el pico.

Tan solo morriones
Carmona. Imp. de D. José Maria Moreno, calle Madre de Dios, n. 4.

quedaron allí,
zapatos, capotes
y algun corbatin.

La última sesion que tuve
fué con veinte y nueve viejas,
que estaban todas hilando
y aspando algunas madejas.

Y como siempre
he sido tronera,
colgué á diez y nueve
en la chimenea.

Las demás restantes
en un fardo até,
de cabeza al pozo
tambien las heché.

Estando en una funcion
me vinieron á prender,
doscientos cuarenta sastres
y entre ellos una mujer.

Siete limpia botas,
catorce silleros,
doce comerciantes
y diez femateros.

Catorce alguaciles,
veinte y dos herreros,
cuarenta aguadores,
y mil zapateros.

Aquí concluye la historia
del tuerto de Catachán,
que murió de un sabañon
y fué al infierno á parar.

Segun él ha escrito
á su amo Miguel,
está como quiere,
lo pasa muy bien.

Y manda espresiones
para don Quisiera
darte un zapatazo
por lo que valiera.